

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

# Experiencias urbanas de organización popular: el caso de MOI en Argentina.

Loza, Jorgelina.

Cita:

Loza, Jorgelina (2009). *Experiencias urbanas de organización popular: el caso de MOI en Argentina*. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/428>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## **Experiencias urbanas de organización popular: el caso de MOI en Argentina**

Jorgelina Loza (UNSAM – UBA/CONICET)

### **Introducción: La acción colectiva como problema para las ciencias sociales**

Desde que las grandes revueltas de población de la Modernidad se instalaron como objeto de investigación, el campo de estudio de la acción colectiva se ha profundizado, emergiendo corrientes teóricas disímiles en algunos puntos clave, aunque similares en otros. Por comenzar, debemos entender que los autores que toman en cuenta la acción colectiva pertenecen a la tradición sociológica que puede denominarse “tradición del conflicto” (Collins, 1996), y que escapan a una lectura estructural de la sociedad.

Principalmente, afirmar que los movimientos sociales expresan y visibilizan las contradicciones cotidianas en las que viven, implica partir de reconocer que los movimientos sociales no existen de manera aislada, sino que surgen dentro de un orden social que contiene a sus acciones. El movimiento social, sus actividades, son una manera de lograr un cambio cultural, aunque no la única. Los cambios al interior del entramado de significados que los hombres comparten son una característica propia de este sistema, dado que sus elementos son siempre históricos y contingentes. La génesis de un movimiento social debe buscarse, entonces, en la propia naturaleza del orden social y el proceso de socialización (Killian, 1966). Los actores que forman parte de la acción colectiva cristalizada en un movimiento son definidos respecto de un conflicto social general que pertenece al sistema histórico vigente. Así, los movimientos sociales son para Touraine conductas colectivas de historicidad, ya que su aparición tiene relación con el sistema de acción colectiva, el sistema institucional y el sistema organizativo (Touraine, 1995).

Otros autores enfocan su definición en la capacidad de los individuos de actuar colectivamente: “He propuesto la noción de movimiento social como un conjunto de redes de interacción informales entre una pluralidad de individuos, grupos y organizaciones, comprometidas en conflictos de naturaleza política o cultural, sobre la base de una específica identidad colectiva” (Diani, 1998: 244). Esta definición de Diani agrega los elementos que sostienen la continuidad de los movimientos, la interacción entre sus miembros y algún tipo de estructura u organización.

Sin embargo, no toda acción colectiva deviene un movimiento social, ni todo movimiento se desprende de una acción colectiva previa. Los movimientos son asociaciones voluntarias que se definen por un proyecto de transformación de la sociedad. Éstos elaboran un proyecto cuando hay luchas de poder en las que están insertos. Este proyecto no debe confundirse con la ideología del movimiento, que a su vez debe distinguirse analíticamente de aquella plasmada en el discurso subjetivo de los actores. La ideología no puede salir del discurso de un actor ya que depende de las relaciones sociales que el movimiento plantea.

Es por ello que las ciencias sociales deben procurar entender el sistema de acción histórica antes que la acción colectiva como hecho aislado. La investigación social debe observar un movimiento social desde dos perspectivas: una que sostiene una mirada sobre las conductas sociales (orientaciones de los actores, acciones, reivindicaciones) asumiendo que el movimiento es un actor, y otra que se enfoca sobre el sistema de relaciones sociales y económicas, siendo este el conjunto de orientaciones y conflictos donde el movimiento social actúa. Ahora, si bien los estudios sobre movimientos sociales han logrado un consenso mínimo que escapa a la lógica estructuralista que ocultaba la acción de sectores sociales y políticos olvidados, también es importante destacar que en los últimos tiempos los esfuerzos por ver lógicas colectivas aisladas llevan a una visión fragmentada de la sociedad, y entonces se confunde el surgimiento de un movimiento social con cualquier otra forma de manifestación colectiva (Tarrés, 1992).

Los movimientos sociales contemporáneos irrumpen en escena en América Latina luego de que las crisis económicas y financieras se hicieran evidentes en todos los ámbitos durante la década del '90. Se reúnen alrededor de reclamos diversos, pero coincidentes en la búsqueda del cumplimiento de derechos sociales básicos, siendo el Estado su interlocutor principal. Despliegan una amplia batería de repertorios de protesta, innovando en métodos y formas de visibilizar los reclamos, y en su mayoría mantienen una fuerte ligazón local. A su vez, presentan un amplio grado de interacción con pares transfronterizos, permitiendo hipotetizar que las necesidades de los grupos sociales se repiten a lo largo de la región, a la vez que evidencia puntos de contacto que permiten esos intercambios.

Los procesos de acercamiento entre movimientos y organizaciones de distintos actores de la región, tanto como parte de un intercambio de información, de conocimientos sobre la movilización en sí, o simplemente para entrar en contacto con grupos que se

asumen como pares, reavivan la pregunta acerca de la representación, la idea de lo regional, que permita pensar en la existencia de una identidad regional. Estas preguntas se ven reforzadas por los contactos entre los gobiernos de la región, cada vez más frecuentes y generando lazos más firmes, basados en afinidades ideológicas, en similitudes históricas (un pasado común) y en presentes parecidos (Jelín, 2003; Bidaseca, 2005; Grimson, 2006; Pereyra, 2006).

El proceso de construcción simbólica de los movimientos debe pensarse entonces a partir de su pertenencia a una comunidad política y cultural más amplia (la nación) y a una región integrada por otras naciones. Explorar la construcción que sobre estos niveles los sujetos sociales realizan, permite indagar acerca de las relaciones interculturales que se establecen entre grupos de distintos países, dando cuenta de la divergencia y desigualdad existente entre y al interior de los mismos, sirviendo quizás como un primer paso en la construcción de propuestas de políticas culturales que tengan en cuenta la multiculturalidad que caracteriza a la región.

### **Movimientos sociales en el Cono Sur: Buenos Aires y Montevideo**

En Buenos Aires, adquieren visibilidad en los primeros años del 2000 los movimientos que agrupan desempleados, a la vez que pueden mencionarse como expresiones nuevas de movilización la toma de fábricas, la creación de clubes del trueque y asambleas populares y vecinales que tienen como objetivo la satisfacción de necesidades básicas de grupos sociales desprotegidos (Auyero, 2002; Svampa y Pereyra, 2003).

Las protestas en el interior de Argentina de los trabajadores desocupados de las empresas privatizadas durante la década de 1990, junto con los cada vez más precarizados trabajadores estatales - como parte de la (re)estructuración del Estado - crecen de manera exponencial durante la segunda mitad de la década de 1990, generalizándose paulatinamente en todo el país.

Desde fines de 1997 se realizan los primeros corte de ruta de la Provincia de Buenos Aires, los bloqueos de calles y rutas, así como la ocupación de plazas y otros espacios públicos que se extendieron por todo el país, sumándose un número creciente de sectores sociales a partir del 2000, y sobre todo durante el 2001 y el 2002. En Argentina, los movimientos sociales que surgen a finales de los 90 son básicamente de desempleados, siendo ésta una característica particular del fenómeno en este país, aun cuando el desempleo haya sido un problema generalizado en la región. Una explicación

se basa en que en el país no hubo instituciones políticas fuertes que funcionaran como espacios de contención (sindicatos y otras asociaciones de trabajadores), mientras que sí las hubo en otros países (Uruguay).

En Argentina, por el contrario, las organizaciones tradicionales apoyaron las políticas de reconversión. Esto contribuyó a que el desempleo impactara profundamente en un país con una tradición salarial fuerte, convirtiendo a la falta de empleo en una demanda reivindicativa y política (Grimson y Cerrutti, 2005). De todos modos, el sostenimiento del reclamo por empleo y por un estilo de vida más inclusivo permitió la aparición de expresiones de protesta y movilización en torno a la búsqueda de satisfacción de necesidades más específicas, como es el caso de los movimientos por la vivienda que se afianzan en la ciudad en la década de los '90.

Los *nuevos* movimientos sociales urbanos presentan organizaciones más horizontalistas, y sus referentes o líderes tienen cierta experiencia militante en partidos políticos o en experiencias similares de movilización social. Los reclamos al Estado continúan siendo centrales en la mayoría de los movimientos, lo que aporta a las teorías que sostienen que no es cierto que éste se encuentre en vías de extinción (Grimson, 2000). El Estado continúa siendo identificado como el regulador de la situación en la que los integrantes viven, así como el impulsor de las políticas que conllevan la exclusión de estos grupos. A pesar de que los repertorios de protesta de los movimientos latinoamericanos que emergen alrededor del principio del nuevo siglo puedan ser calificados de novedosos, los reclamos en torno a los cuales estas organizaciones se reúnen y movilizan parecen pertenecer a viejos problemas. Estas carencias sin resolver en las grandes ciudades latinoamericanas se presentan ahora como producto del fracaso de las estrategias neoliberales adoptadas por los países de la región desde la década del '70.

Uno de los ejes de reclamo que se repite en varios de los países de la región, con distinta presencia, es el que se centra en la vivienda urbana. En Buenos Aires surgen movimientos que reclaman por viviendas en el centro de la ciudad, o por la mejora de las condiciones de vida (el acceso a servicios públicos y la seguridad ciudadana) en los centros urbanos.

Nos encontramos con movimientos que, manteniendo al Estado (en todos sus niveles, local y nacional) como principal interlocutor, basan el eje de su accionar en la consecución de viviendas dignas para sus integrantes. Esta ponencia forma parte de un

trabajo de investigación más amplio<sup>1</sup>, que tomó como casos de estudio a dos organizaciones que agrupan cooperativas de vivienda, una radicada en Buenos Aires – el Movimiento de Ocupantes e Inquilinos (MOI), y otra en Montevideo – la Federación Uruguaya de Cooperativas de Vivienda por Ayuda Mutua (FUCVAM), y a dos cooperativas al interior de cada una de ellas. Estas organizaciones presentan muchas similitudes y puntos de contacto, a la vez que cuentan con una larga trayectoria de intercambio transnacional.

La importancia de explorar casos de movimientos sociales urbanos no responde solamente a las posibilidades del trabajo de campo, sino que se relaciona con la actual configuración del campo de poder. Siguiendo a Castells (1974), pero especialmente a Melucci (1991), podemos afirmar que la sociedad postindustrial da cuenta de un mundo altamente polarizado, en el que el flujo de información determina que ésta sea un recurso fundamental para la construcción de relaciones de poder. Los centros de poder se ubican, así, en las grandes ciudades capitales del mundo. También son éstos los centros de producción y circulación de información y representaciones sobre la comunidad, especialmente sobre la nación y los proyectos abocados a construirla. Las ideas de nación han estado históricamente asociadas con la producción intelectual de las grandes ciudades o capitales, y muchas veces lo que responde a la argentinidad o la uruguayosidad es aquello que los porteños o montevidianos acostumbran hacer o piensan.

### **El cooperativismo para la vivienda: conceptos básicos**

Las cooperativas de vivienda representan formas legales adoptadas por grupos de personas (que conforman o no organizaciones sociales) para la consecución de sus viviendas. Estas organizaciones cooperativas se conforman a partir del deseo de un conjunto de personas o familias de obtener una vivienda, y adoptan mecanismos diversos de acuerdo a las contemplaciones de la legislación estatal que las avala.

Los tipos de cooperativismo más difundidos en el Cono Sur son los de ayuda mutua y ahorro previo. También existen, en menor cantidad, las cooperativas de propietarios, en las que los individuos gestionan en conjunto la construcción de la obra y el préstamo, aunque la deuda contraída es particular.

---

<sup>1</sup> Se trata de un trabajo de tesis a ser presentado antes la Maestría en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural (IDAES/UNSAM), dirigida por Alejandro Grimson y Sebastián Pereyra.

Los dos primeros tipos se diferencian de esta última modalidad en que los sujetos se constituyen como usuarios, no como propietarios de la vivienda. Los usuarios tienen derecho al uso y goce de la vivienda, aunque no a su usufructo. La propiedad se considera *colectiva*, ya que fue construida colectivamente y como un bien social (FUCVAM, 2008). Los usuarios saben, entonces, que su permanencia en la misma está garantizada.

Las viviendas que construyen estas cooperativas no están dentro del mercado inmobiliario. Cada cooperativa establece un estatuto que sigue formatos ya establecidos, y que postula criterios para ingresar. Estos criterios pueden ir variando con el tiempo. Tal es así que las cooperativas uruguayas han debido incorporar de manera especial los casos de personas que viven solas, de mujeres jefas de hogar, y de personas que no estaban afiliadas al sindicato de pertenencia del grupo mayoritario.

Las cooperativas por ayuda mutua (del tipo de las que agrupa el Movimiento de Ocupantes e Inquilinos – MOI en Buenos Aires) postulan que los socios de las cooperativas trabajen en la construcción de las viviendas. Se calcula que entre el 15 y 20% del costo de la construcción es remplazado por la mano de obra de los socios. Ello busca reforzar la capacidad de gestión de los socios cooperativistas, así como el control sobre el proceso de la obra y el uso de los recursos disponibles. La *autogestión* baja los costos de construcción, a la vez que “potencia en la conciencia de los trabajadores la convicción de su capacidad para transformar la calidad de vida de que disfrutan” (FUCVAM, 2008: 4).

Cada familia, o unidad de vivienda, debe aportar 18 horas semanales de trabajo en la construcción en el caso de las cooperativas argentinas. Ha habido modificaciones en las regulaciones de este aporte, y ya se permite la participación de la familia “ampliada” en la construcción, dadas las nuevas configuraciones de la familia contemporánea, y los cambios en la incorporación del trabajador al mercado formal – aumento de horas de trabajo informal para cubrir un ingreso mínimo. También se ha modificado la edad mínima de permiso para trabajar en la obra, habilitando la participación de los hijos adolescentes de la casa en construcción.

Las cooperativas de vivienda son entendidas como un sistema de solidaridad, que beneficia a aquellos que no podrían conseguir una vivienda desde el mercado capitalista, y que solía aglutinar a individuos con un proyecto político determinado en sus comienzos. Esto es más palpable en el movimiento cooperativista uruguayo, que

cuenta con una trayectoria más larga que el argentino, y que nació al calor de las reivindicaciones gremiales de la clase obrera uruguaya.

Los conjuntos habitacionales, que han variado en su forma y estilo con el desarrollo del movimiento, se construyen en todos los casos a través de un crédito que otorga el Estado, y que las cooperativas van pagando a tiempos muy laxos y con tasas preferenciales. Cuando un socio se retira, se le devuelve su aporte, con descuentos correspondientes a las indexaciones y gastos. Se calcula el valor de las horas trabajadas de acuerdo al laudo correspondiente para la industria de la construcción.

La vivienda a la que se aspira se postula como digna, siendo éste uno de los principios del movimiento cooperativista. Una *vivienda digna* significa que su construcción no debe atender solamente a la estructura de la casa, sino que debe observar aspectos como el diseño, la ubicación geográfica, que no atente contra la salubridad de sus habitantes – es decir que cuide cuestiones de sanidad, ventilación, iluminación y espacio disponible – y que posea todos los servicios básicos urbanos (FUCVAM, 2008). La búsqueda se establece en torno al hábitat, antes que a la vivienda. Ello implica que las viviendas deben tener las características necesarias para el desarrollo integral de quienes vivan en ella.

Tanto Argentina como Uruguay, los dos países considerados en el trabajo de investigación que enmarca esta ponencia, poseen legislaciones que protegen y estimulan la creación de cooperativas de vivienda. Uruguay es el que tiene una tradición más larga y arraigada en el cooperativismo, especialmente el de vivienda, con una Ley de Vivienda promulgada por Juan Pablo Terra en 1968. En esta ley, se favorecía la construcción en cooperativas, a la vez que se creaba el Ministerio de Vivienda, quien contaría con fondos (variables de acuerdo a los cambios de gestión y presupuesto) administrados por el Banco Hipotecario. La Agencia Nacional de Vivienda sería la encargada de gestionar los préstamos.

En la Ciudad de Buenos Aires, el Instituto para la Vivienda de la Ciudad es el encargado de recibir los proyectos de construcción y acompañar en la gestión del préstamo. Los cooperativistas argentinos cuentan con el amparo de la Ley 341, sancionada en el año 2000 por una mesa de trabajo de la que formaba parte el MOI.

Una de las problemáticas que atraviesa a todas las cooperativas tiene relación con la gestión del préstamo. Los cooperativistas pueden pasar años esperando la aprobación

del préstamo, incluso después de la asignación del terreno<sup>2</sup>. Ello provoca la salida de muchos socios, así como cambios en sus familias y necesidades habitacionales.

Los grupos de cooperativistas atraviesan, a su vez, conflictos que tienen que ver con la incorporación de formas de vida colectiva, y de pautas de convivencia relativas al goce de la vivienda colectiva. Estas pautas muchas veces son contradictorias con costumbres y valores de las formas de vivienda individuales. Una vez construido el complejo de viviendas, se refuerzan los problemas relativos a la convivencia del grupo, que cada cooperativa resuelve apoyada en su propio estatuto, con el respaldo de la federación a la que pertenezca, o a través de estrategias ad hoc.

Las cooperativas cuentan con dinámicas participativas que adoptan diversos modos, pero que incluyen reuniones asamblearias, en las que deben participar todos los socios obligatoriamente (algunas veces se permite la participación de otro representante de la unidad habitacional que no sea el titular), y en las que se dan a conocer las principales novedades y problemas de la cooperativa. El principio rector es el de *democracia* directa, que implica que la toma de decisiones sea lo más universal posible, sin que existan intermediarios (FUCVAM, 2008), aun cuando en la realidad esto pueda adoptar diversas formas y niveles. La asamblea, sin embargo, no es una herramienta permanente. Los Consejos Directivos son los que se reúnen con mayor frecuencia, y son los que toman las decisiones principales. Los integrantes de ese Consejo son elegidos por votación en las asambleas, con la periodicidad y por el tiempo que el estatuto de esa cooperativa determine.

Si bien las problemáticas urbanas de las ciudades de Buenos Aires y Montevideo son dispares, y ello conlleva a diferencias en las formas en que se organizan los grupos cooperativos en cada ciudad, existen similitudes que se refuerzan con los contactos frecuentes entre los integrantes de cada organización, y con el proyecto conjunto y explícito de regionalizar el cooperativismo como mecanismo central en la lucha por la vivienda urbana. En esta oportunidad, seguiremos el recorrido del MOI en Buenos Aires, sin dejar de referirnos a su vínculo con la experiencia uruguaya.

## **La construcción y el uso de viviendas en Buenos Aires: el recorrido del Movimiento de Ocupantes e Inquilinos**

---

<sup>2</sup> Han existido experiencias de tomas de terrenos y edificios abandonados, aunque es muy común la asignación de terrenos vía estatal.

El Movimiento de Ocupantes e Inquilinos (MOI) inicia su historia tal como lo hacen los movimientos que más tarde logran altos grados de institucionalización: sin prever los alcances de su organización. Los inicios del MOI se reconocen junto con la velocidad que la necesidad y la urgencia de los reclamos por la vivienda presentaban en la Ciudad de Buenos Aires a fines de los 80'. Los antecedentes directos de lo que luego se convertiría en una organización que forma cooperativas de vivienda se encuentran en las ocupaciones de edificios de la ciudad. Según datos del propio movimiento, la ciudad contaba entonces con, aproximadamente, 500 mil personas con problemas habitacionales, y un 15 por ciento de su plaza edilicia desocupada, es decir, desaprovechada (Entrevista a referente MOI, noviembre de 2008).

La primera experiencia se ubica en la famosa ocupación del antiguo edificio del Patronato de la Infancia (PADELAI). Los actuales referentes del MOI integraban en ese entonces una cátedra en la Facultad de Arquitectura y Diseño de la Universidad de Buenos Aires, en la que se trataban los problemas sociales y arquitectónicos de la ocupación de edificios. Estas experiencias presentaban situaciones diferentes a la de las ocupaciones de tierras que venían ocurriendo hacía ya varios años en el Conurbano: las ocupaciones de tierra se enfocan en la tenencia de tierras y la construcción de barrios en los lotes tomados, mientras que la ocupación de edificios implica poner en marcha el reciclaje y reutilización de construcciones preexistentes al grupo de ocupantes<sup>3</sup>.

El equipo docente de la UBA entra en contacto con ocupantes del ex PADELAI, que estaban trabajando junto a un cura porteño que se convertiría en el referente simbólico del movimiento, el Padre Pichi. En el PADELAI se concentraban 150 mil ocupantes, en un contexto político de mucha tensión y efervescencia, que evidenciaría conflictos más adelante. El fenómeno de la ocupación de edificios, se mostraba a los profesores y estudiantes como masivo y urgente, aunque disperso. Las ocupaciones paradigmáticas reunían a cientos de familias, y existía una sola ocupación de tierras en las cercanías de la Autopista 3 (AU3).

La magnitud del proyecto del PADELAI pronto dio desarrollo a un proceso interno organizativo. Los ocupantes manifestaban la necesidad de aunar esfuerzos, y el equipo de la UBA contaba con la capacidad técnica para ofrecer. La recuperación

---

<sup>3</sup> Las ocupaciones de tierra comienzan en el sur del Conurbano Bonaerense en la década de los '80, con los primeros *expulsados* de la ciudad frente a la caída del empleo. Las redes de socialización que permitían proyectos como esos se enraizaban en el trabajo de los episcopados en la zona, y los barrios emergentes de la ocupación de grandes lotes de tierra vacíos contaban con complejas organizaciones políticas, tendientes a la horizontalidad y el tipo de organización asamblearia (Arakaki, 2002).

autogestionaria del edificio ocupado fue el primer proyecto del MOI. Es así que nace el MOI, cuando corría el año 1988. Comienza lo que los referentes del MOI llaman la primera etapa del movimiento, la etapa de “construcción de pertenencias” (Entrevista a referente MOI, noviembre de 2008). Desde su sitio web, se autodefinen como “una organización social que lucha por la vivienda, el hábitat popular y el derecho a la ciudad”<sup>4</sup>.

En esta etapa de “construcción de pertenencias”, el MOI hizo público su trabajo, y se acercó a organizaciones de mayor trayectoria y espectro, como la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) de la que aun se reconocen parte integrante. A principios de los '90 se convierten en los referentes porteños de la recién conformada Federación de Tierra y Vivienda, de la que más tarde, a finales de la década, se separarían.

Luego de esta primera etapa de trabajo con ocupaciones de edificios, el movimiento decide ampliar su capacidad organizativa y cambia radicalmente el modo de intervención: ya no serían colaboradores de procesos de organización autónomos o preexistentes, sino que se abocarían a la conformación de cooperativas de vivienda en vistas a la construcción de complejos habitacionales propios. El objetivo central del movimiento es la construcción de viviendas, a la vez que buscan influir en la toma de decisiones que refieren a políticas de vivienda y hábitat. La lucha se reconocía en la consecución del *derecho a la ciudad*, que implica “Más allá de la necesidad del techo, la necesidad de ciudad, la necesidad de tener alternativas laborales, mayores alternativas en términos de equipamientos básicos, sea de educación, salud, acceso a infraestructura, etc., lo que es la ciudad como capital social” (Entrevista a referente MOI, noviembre de 2008).

Las prácticas del movimiento buscan centrarse en la autogestión y la organización colectiva. En ese sentido, el cooperativismo se presenta como la metodología principal de organización de las actividades, y se reconoce como el inicio de un cambio cultural más profundo. El MOI está integrado actualmente por nueve cooperativas de vivienda ubicadas en la Ciudad de Buenos Aires, cuatro en la Provincia de Buenos Aires, a la vez que están extendiendo sus actividades al interior del país – cuentan con cooperativas en formación en la Patagonia y otra en la Provincia de Santa Fe. Además, han conformado

---

<sup>4</sup> Ver [www.moi.org.ar](http://www.moi.org.ar)

una cooperativa de trabajo con los mismos integrantes de algunas de las cooperativas de vivienda, que son contratados para las tareas más pesadas de la construcción.

El comienzo de esta segunda etapa implicó entonces un cambio en la metodología del movimiento. Es una etapa que podría considerarse de *institucionalización*, de búsqueda de una identidad propia.

A ese entonces, ya había fluidos contactos con la Federación Uruguaya de Cooperativas de Vivienda por Ayuda Mutua. Aun cuando los referentes del MOI conocían la experiencia uruguaya desde el comienzo del trabajo en las ocupaciones, es en este segundo momento que el intercambio entre ambas organizaciones se concreta. Los referentes del MOI reconocen la experiencia uruguaya como antecedente en la región del tipo de organizaciones que ellos promueven en la Ciudad de Buenos Aires, aunque no dejan de señalar ciertas diferencias con los uruguayos, las que atribuyen a disímiles idiosincrasias (Entrevista referente MOI, diciembre de 2008). El intercambio de experiencias conllevó a la visita a Buenos Aires de “brigadas” de apoyo conformadas por cooperativistas uruguayos, que colaboraron con el desarrollo de algunas de las obras en marcha. Además, actualmente cuentan con programas de pasantías, a través de los cuales grupos de cooperativistas uruguayos y argentinos cruzan la frontera para participar durante algunas semanas de la construcción de los complejos habitacionales de sus vecinos. Los viajes se consideran, al menos desde el MOI, como parte de la formación de los cooperativistas (Entrevista referente MOI, diciembre de 2008).

El punto máximo de colaboración entre las organizaciones se vio con el nacimiento de la Secretaría Latinoamericana de Vivienda Popular (SeLViP). En 1990, FUCVAM convoca a sus pares argentinos y brasileños a un festejo en Montevideo para celebrar sus primeros veinte años de existencia. Allí se decide conformar una coalición de alcance latinoamericano, que nacería al año siguiente, durante un encuentro de las organizaciones fundadoras en San Pablo, Brasil. El MOI forma parte, a su vez, de la Coalición Internacional del Hábitat (HIC).

El MOI se reconoce un activo participante de la SeLViP. Las reuniones con integrantes de cooperativas y movimientos por la vivienda de otros países de la región es considerada fructífera, y permite “instalar el tema de la integración” (Entrevista a referente El Molino, noviembre de 2008). La integración de experiencias con contextos parecidos, pero no iguales, se funda en la posibilidad de compartir una práctica común a todos los participantes.

Actualmente, el proyecto del MOI parece haber alcanzado un nivel de institucionalización que conlleva a complejizar sus reclamos y la metodología elegida para alcanzarlos. El planteo de la organización pasa por la *integralidad*: se busca arribar a soluciones relativas al problema de la vivienda, siempre con una mirada puesta en el contexto y centrando las acciones en las familias que se acercan al movimiento. Los programas que se desarrollan pretenden no estar enfocados solamente en la construcción de viviendas, sino que buscan trabajar por la *inserción comunitaria*. Así es que el MOI ha ampliado sus temáticas, y ha desarrollado comisiones especializadas de salud, educación, y fomento cooperativo.

La primera etapa de consecución del *derecho a la ciudad* y la radicación de personas en el casco urbano logrando la regulación dominial, dio espacio a una segunda etapa en la que se buscaron impulsar los procesos cooperativos. El destinatario de los programas del MOI dejó de ser el ocupante de edificios, para ser todo aquel que atravesara un problema de vivienda. El nuevo objetivo sería conformar cooperativas de usuarios y la nueva metodología implicaba la creación de las *Guardias*.

Entendiendo el proceso cooperativo como voluntario, el MOI instaló las *Guardias* como proceso de formación en el que las personas en búsqueda de una vivienda. Estos procesos se basan en meses de formación cooperativa de la que participan personas que se acercan voluntariamente al MOI. Así, luego de un período de nueve meses de formación en los principios del cooperativismo y la ayuda mutua, los individuos están preparados para integrarse a cooperativas ya existentes o para conformar una nueva, listas para comenzar a construir en terrenos que el MOI asigne.

El primer período se entiende como de involucramiento del grupo familiar en lo que será luego un cambio de la cotidianeidad. Es el período de ingreso, en el que se busca la comprensión del proceso que se va a atravesar, los cambios cualitativos pero también los cuantitativos que ese cambio supone, ya que serán muchas las horas de trabajo que la familia destine a la construcción y participación. Como surge de las entrevistas: “Meterse en la pelea por la vivienda es construir una prioridad en la vida familiar (...) En los procesos cooperativos ciertos implica que los compañeros casi viven en la cooperativa. Vivir en la cooperativa implica que decidieron que la mita de horas de su vida esté metido en esa lucha, en esa pelea, en ese compromiso. Es una construcción y una decisión” (Entrevista referente MOI, noviembre de 2008).

Esta etapa se considera fundamental dado que, en su mayoría, son mujeres las que se acercan en busca de una solución para el problema de vivienda de la familia, y muchas

veces inician el proceso sin la seguridad de que el grupo familiar las acompañe. Por otro lado, aunque se reconoce que el 70% de las personas que se acercan al MOI son mujeres, no existen ni se fomentan las cooperativas de mujeres jefas de hogar (Entrevista referente MOI, noviembre de 2008).

Los tres meses siguientes son de capacitación en la historia del movimiento y en sus principios. Se ponen en discusión los tres pilares de la organización: autogestión, propiedad colectiva y ayuda mutua. Por último, comienza la etapa que se conoce como de *Precooperativa*, en la que se pone a discusión el que será el convenio que regirá como reglamento interno de la cooperativa que se conforme (esto en caso de que los cooperativistas en formación no se integren a un grupo ya existente). Se empieza a discutir también la conformación de las comisiones internas de la futura cooperativa, como la de Participación, la que regule los aportes de los socios, y la que organice el cumplimiento de la ayuda mutua. El período de formación termina con una evaluación del proceso, y luego se decide si estas personas formarán parte de una cooperativa ya existente o si crearán una nueva.

Este proceso se reconoce como de mucha decantación, dado que no todas las personas que se acercan al movimiento en búsqueda de una vivienda están al tanto de la metodología cooperativista que este busca difundir, o del tiempo y esfuerzo que esa metodología implica.

En esta segunda etapa, además, el MOI trabajó en la construcción e implementación de un marco legal que amparara a los proyectos cooperativos de vivienda. En 1999 se constituyó una mesa interdisciplinaria en la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires con el objetivo de trabajar este tema. El MOI logró formar parte de la mesa, junto con integrantes de otros movimientos por la vivienda (Delegados de la Ex AU3 y de la Mutual de Desalojados de la Boca). En abril de 2000, se logró la Ley 341 en la Ciudad, que promulga la transferencia de fondos a las organizaciones para la compra del suelo, los materiales, la apoyatura técnica interdisciplinaria y el desarrollo de la obra, a la vez que favorece la creación de cooperativas.

El MOI ha logrado que esta metodología funcione de forma rigurosa con el correr del tiempo y la experiencia acumulada, proceso en el que no se deja de reconocer la influencia de la herencia de la experiencia uruguaya. Este proceso de conformación del movimiento, desembocó en una estructura muy clara y con una división del trabajo muy precisa, lo cual no implica hablar de una separación rígida y jerarquizada. La separación entre referentes – *líderes* – y seguidores es muy clara, y la división de tareas aun más.

Incluso cuando los procesos de formación logran organizar a los grupos en cooperativas que luego asumen sus propias dinámicas organizativas, la construcción intelectual de los principios del movimiento y de sus metodologías está en manos de los referentes e impulsores del movimiento. Los integrantes de las cooperativas de mayor duración y de procesos más largos parecen más incorporados al proceso de construcción identitaria que el movimiento lleva adelante.

En la etapa actual del MOI, la réplica de las propuestas cooperativas a experiencias del interior, y la construcción de lazos transnacionales más fuertes y extendidos parecen ser prioridades, en un período que se reconoce como de *salida de Capital*. A su vez, se busca fortalecer las nuevas áreas que apuntan al objetivo de la *integralidad*, como son las de salud, educación (existen un jardín de infantes y un bachillerato popular impulsados por el MOI), comunicación, y la cooperativa de trabajo.

### **Reflexiones finales, en proceso...**

Los integrantes de las cooperativas argentinas entrevistados se reconocen cercanos a la organización que agrupa a las cooperativas uruguayas, aunque distinguen diferencias organizativas e ideológicas. Las principales diferencias entre las organizaciones de uno y otro país pueden relacionarse con las distintas trayectorias que cada movimiento ha recorrido, y con orígenes dispares. Mientras que FUCVAM fue creada como una organización sectorial y clasista, y aun cuando hoy esa no sea una característica reconocible en todos sus integrantes, sigue siendo parte de su construcción identitaria. Los integrantes de las organizaciones argentinas reconocen el legado de los uruguayos, pero sus reivindicaciones y autodefiniciones distan de tener elementos gremiales. Ello no ha impedido, sin embargo, que MOI y FUCVAM desarrollen un fluido intercambio de cooperativistas que realizan breves pasantías en uno y otro país, e incluso se da cuenta de actividades de colaboración en la construcción de los grandes complejos habitacionales de cooperativistas del país vecinos.

Por otro lado, el interés demostrado por integrantes de organizaciones de ambos países en la participación en las reuniones y actividades de la SeLViP, fortalece este intercambio de experiencias transfronterizas.

Esta ponencia forma parte de una reflexión mayor, que se verá plasmada en mi tesis de maestría y que se pregunta sobre la construcción de representaciones sobre lo regional y lo nacional que realizan movimientos u organizaciones sociales de Montevideo y

Buenos Aires. Aunque cada una de las estrategias de movilización colectiva que emergen y que hemos analizado poseen características particulares, podemos pensar que todas ellas se inscriben en un momento en que los relatos históricos sobre la pertenencia se están repensando, en el marco del reclamo y reflexión sobre los derechos ciudadanos. Los nuevos proyectos de los movimientos latinoamericanos no parecieran apuntar a la demolición de la nación, sino al reclamo frente a un Estado y una sociedad civil por la reconstrucción de esa nación sobre nuevas premisas, en vías de un colectivo más inclusivo e igualitario. Lo insoslayable es que las situaciones de exclusión y pauperización de enormes porciones de las poblaciones latinoamericanas, junto con procesos de liberalización de fronteras y aumento de las velocidades de comunicación y contacto entre distintos lugares del planeta, tienen un impacto directo sobre la reflexión acerca de la construcción de estos sentimientos de pertenencia a constituciones culturales ligadas a un Estado y un territorio como son las naciones y la región.

La nueva configuración mundial ha mostrado reforzar los sentimientos de pertenencia a las naciones y los grupos locales al mismo tiempo, aunque implicando procesos de reconfiguración de las categorías tradicionales. Las nuevas formas de participación política permiten pensar la posibilidad de construcción de un nuevo sujeto político, y ello modifica de forma directa e indirecta la idea de nación y la posibilidad de una idea de región, que aunque vigentes, fueron históricamente pensadas y apoyadas en la exclusión de grupos sociales por diferencias de capitales económicos y sociales. Las reflexiones sobre la pertenencia a las que este contexto de crisis pareciera dar lugar, podrán auspiciar otras versiones de la nación y la región, sin anunciar su desaparición o su ineficacia en la construcción de esos sentidos comunitarios.

## **Bibliografía**

- Auyero, J. (2002) La protesta: retratos de una beligerancia popular en la Argentina democrática. Buenos Aires: Libros del Rojas.
- Barbagallo, José (2007) MOI Movimiento... en movimiento. La lucha por la casa en la ciudad de Buenos Aires: una experiencia autogestionaria. Buenos Aires: MOI.

- Bidaseca, K. (2005) “Desficcionalizando el fin del Estado-Nación. El Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha” en *Conflictos globales, voces locales* N° 1, Octubre 2005. IDES/UNSAM7UNRISD.
- Castells, Manuel (1974) Movimientos sociales urbanos. México: Siglo XXI.
- Cerrutti, M. y Grimson, A. (2005) “Buenos Aires, neoliberalismo y después: Cambios socioeconómicos y respuestas populares” en Portes, Roberts y Grimson (editores), Ciudades latinoamericanas: una análisis comparativo en el umbral del nuevo siglo. Buenos Aires, Prometeo.
- Collins, Randall (1996) Cuatro tradiciones sociológicas. México: UAM.
- Diani, Mario (1998) “Las redes de los movimientos: una perspectiva de análisis” en Ibarra, Pedro y Tejerina, Benjamín (editores). Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural. Madrid: Editorial Trotta.
- FUCVAM (2008) Principios base del modelo de la Federación y sus áreas. Montevideo: FUCVAM.
- Grimson, Alejandro (2000) “MERCOSUR, cultura y política: dilemas sociales y simbólicos en las crisis” en *Revista Síntesis*. Buenos Aires: Fuali.
- Grimson, A. (2006) “Presentación” en *Conflictos globales, voces locales* N° 2, Mayo 2006. IDES/UNSAM7UNRISD.
- Jelín, E. (2003) “La escala de acción de los movimientos sociales” en Jelín, E. (compiladora) Más allá de la nación: las escalas múltiples de los movimientos sociales. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Killian, Lewis (1966) “Social Movements” en Faris, E. (editor) Handbook of modern sociology. Chicago: McNally & Company.
- McAdam, Dough, McCarthy, John y Mayer, Zald (1999) “Oportunidades, estructuras de movilización y procesos enmarcadotes: hacia una perspectiva sintética y comparada de los movimientos sociales” en McAdam, Dough, McCarthy, John y Mayer, Zald, Movimientos sociales y perspectivas comparadas. Madrid: Istmo.
- Melucci, Alberto (1991) “La acción colectiva como construcción social”, en *Revista Estudios Sociológicos*, Volumen IX Número 26. México: Colegio de México.
- Pereyra, S. (2006) “Las formas de organización para la acción colectiva: nuevas búsquedas, viejos dilemas” en *Conflictos globales, voces locales* N° 3, Noviembre 2006. IDES/UNSAM7UNRISD.

- Svampa, M. y Pereyra, S. (2003) Entre la ruta y el barrio: la experiencia de las organizaciones piqueteras Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Touraine, Alain (1995) Producción de la sociedad. México: IIS – UNAM/IFAL/Embajada de Francia.
- Tarrés, María Luisa (1992) “Perspectivas analíticas de la acción colectiva” en *Estudios Sociológicos*, Volumen X, Número 30, Septiembre – Diciembre.